

AQUELLOS BANCARIOS...

No sé por qué desde mi adolescencia miro con admiración a los bancarios (que todavía no se llamaban así). Bueno, sí lo sé. Era por entonces, en un pueblo, la casi única posibilidad de trabajar con la pluma, o sea, de oficinista: el banco... o las dependencias más aburridas y estáticas -a veces extáticas- del registro de la propiedad o la oficina de los arbitrios. Teníamos un banco y una banca. Ignoro si entre el uno y la otra existen diferencias de fondo. De funcionamiento, casi diríamos que de folklore, sí que las había.

La banca era negocio individual, propiedad de una dama alta y altiva, con autoridad y prestigio en toda la comarca. El establecimiento constaba de una sola dependencia, cuadrada, sin ventanillas ni nada de eso. Había en medio, esto sí, una inmensa mesa que dejaba espacio para quien llevara, que más se sentaría en contador de letras si no andaba callejeando con el saco de la plata y la calderilla al hombro; y para quien llevara, que más se sentaría en talante de contertulio que de cliente. Yo iba allí con negocios paternos de escaso monto, sospechando que llevaba más trabajo que beneficio, pero me recibían bien. Y, parece mentira, aquella mesa fue mi primera tertulia literaria. La banquera y sus hijas -y apoderadas- eran personas cultas de ideas, liberales. Siempre habían leído la novela de actualidad. A veces la banquera dejaba vacío su sitio y era para salir al portal a reñirle a algún cliente incumplidor. En el portal, o dando un breve y disimulante paseo por la ancha acera que da al jardín público, siempre abastado de ruseñores, ella le reñía al convocado. No lo desesperaba. No lo aplastaba. Solamente le reñía un poco.

El banco era otra cosa. Por de pronto, y no me parece casualidad, en vez de al reino de los pájaros daba a la cuadrada geometría de la plaza de la Constitución, luego del Generalísimo. El banco era una «entidad». Nadie le había visto el rostro a su dueño. Contaba con dos o tres ventanillas que a veces atendía un mismo funcionario, pasando de una en otra. Cuando el funcionario no tenía otra cosa que hacer, atendía a desahogar los gastos generales recuperando sobres usados, o sea a darles la vuelta para utilizarlos otra vez, expediente relegado en la actualidad a algunas monjas de clausura. Las ventanillas fueron anónimas hasta un día en que las rotularon con letreros de cristal y caracteres dorados. En una pusieron «Pagos» y en la otra «Cobros», y todavía dura la polémica de si el cliente tiene que pagar en la primera y cobrar en la segunda, o si es al revés, porque lo válido sea el punto de mira del que está en la parte

de dentro.

Sí, hoy me ha dado por recordar con nostalgia a aquellos bancarios (no confundir con los banqueros). Es porque he encontrado a uno de ellos, tranquilo en su jubilación. Bueno, tranquilo no: demasiadas noches se desvela con el sobresalto de que la cuenta no cuadra, siempre esas dos pesetas que le faltan a un cajero y que se sacaría tan contento del propio bolsillo, si se lo dejaran hacer. Por lo demás, bien. El paseo. El dominó. La televisión. Aún sería capaz de volver; y no le asustan las máquinas nuevas. «A todo se acostumbra uno.» Lo que le choca más que nada es que hasta al cliente menos sustancioso lo animen ahora: «Usted es importante para nosotros». Él era atento con todo el mundo..., pero estableciendo diferencias entre el que iba a meter mucho y el de nada y menos. Y ya el colmo: eso de que llegue una imponente -sin segunda, en el puro sentido bancario- y haya que irle con una flor...

Antonio PEREIRA